



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1666

DECLARACIÓN DE LA ACADEMIA PORTEÑA DEL LUNFARDO

Algunas personalidades italianas, entre ellas el presidente de la República, Giorgio Napolitano, están manifestando su inquietud ante la situación del idioma nacional, agredido por los nuevos usos y comportamientos sociales.

Motivos de su alerta son principalmente la caída de los niveles de lengua y el lenguaje soez o turpiloquio, como se dice en italiano, con linda palabra que hemos resuelto tomar en préstamo.

Los mismos riesgos acechan ahora al castellano hablado en Buenos Aires. La desaparición del *usted*, reemplazado por un checheo confianzudo, ejemplifica el progresivo achatamiento de los niveles de lengua.

Por lo demás, durante los últimos años, la pauperización del habla porteña se ha manifestado en el eclipse del relativo *cuyo* y del adverbio *tampoco*, en el ninguneo del subjuntivo, modo verbal que cede terreno al condicional (*si yo sería* por *si yo fuera*); en el desconocimiento de la coordinación de los tiempos (*me dijo que vaya el día siguiente* por *me dijo que fuera el día siguiente*) y en la confusión de los géneros (*ese acta, ese área, ese agua*).

Sin negar otras causas, creemos que la pobreza idiomática tiene que ver con el tono chabacano de algunos comunicadores y con la cómoda irracionalidad que sustituye el argumento por el grito o la descalificación.

No parece tampoco omisible la creciente equivocidad de no pocos términos a los que se atribuyen fraudulentamente significaciones que no registran los códigos de la lengua, sino los de la mala fe.

No empobrecen, en cambio, nuestra habla, sino que, por el contrario, la enriquecen, los extranjerismos, usuales en la lengua castellana desde los años que esta incorporó bellísimas voces arábicas, ni las creaciones léxicas de los sectores marginales, que la Real Academia Española viene acogiendo en su diccionario desde la primera edición (1726).

La agresión más descarada a la dignidad del habla procede, empero, del lado del turpiloquio, producto a la vez del exhibicionismo y del manfichismo.

La memoria –o la desmemoria– recuerda que en alguna representación de la gran Alejandra Boero se entrometió una mala palabra que allí lucía como cuando la usaba Cervantes. Sabiamente, los inspectores municipales, que eran bastante severos, le hicieron oídos sordos.

Desde entonces cualquier cómico se creyó con el derecho de decir groserías al por mayor, ignorante, tal vez, de que ni Parravicini ni Sofía Bozán descendían a ellas. De allí en más, el turpiloquio viene haciendo estragos en la escena y en los medios. Hasta la injuria, que Borges elevó a la categoría de las bellas artes, se hundió en la cloaca.

La Academia Porteña del Lunfardo tiene como propósito y cometido la revalorización del habla del pueblo, precisamente porque el pueblo agranda el idioma. Centra su atención, como es sabido, en el léxico, al que quiere abierto, dinámico, unívoco, rico, limpio, sujeto tan sólo al orden mental y al buen gusto.

No le es ajena, por lo demás, la decadencia que supone el estilo ético de quienes profesan que se puede decir cualquier cosa de cualquier modo, y, al mismo tiempo que rechaza toda injerencia autoritaria en este y otros asuntos, convoca a quienes administran la resonancia de cuanto se dice, oralmente o por escrito, a reflexionar sobre su responsabilidad social. Estamos en contra de cualquier avance estatal sobre lo que debe decirse y de cualquier discriminación mediática sobre lo que puede ser escuchado o difundido.

Buenos Aires, 1 de enero de 2010

JOSÉ GOBELLO
Presidente

OTILIA DA VEIGA
Vicepresidente

EDUARDO R. BERNAL
Secretario

MARCELO H. OLIVERI
Prosecretario

NATALIO P. ETCHEGARAY
Tesorero

OSCAR DEL PRIORE
Protesorero